

más conveniente que el don de leer en lo porvenir.

Es bienhechor el recuerdo. La noche está serena; he atizado la lumbre y se reanima el fuego.

¡Dormid, seres queridos, dormid!
Escribo los recuerdos de mi infancia

PARA VOSOTROS TRES

I

LAS PRIMERAS CONQUISTAS

I

LOS MONSTRUOS

Los que me dicen que nada recuerdan de los primeros años de su infancia, me sorprenden mucho. Yo conservo vivos recuerdos de cuando era muy niño. Son, es cierto, imágenes aisladas, pero que por lo mismo se destacan con más brillantez sobre un fondo oscuro y misterioso. Aunque todavía estoy distante de la vejez, me parece que aquellos recuerdos amados provienen de un pasado infinitamente distante. Me figuro que el mundo era entonces magnífico y nuevo, y estaba revestido de colores recientes. Si fuera un salvaje, creería que el mundo es tan joven, ó si lo prefieren ustedes, tan viejo como yo. Pero, tengo la desgracia de no ser un salvaje. He leído muchos libros acerca de la antigüedad de la tierra y el origen de las especies, y mido con melancolía la corta duración de los individuos y la larga duración de las razas. Sé que no hace mu-

cho tiempo tenía yo mi cama con barandilla en un cuarto espacioso de un viejo hotel destartado y que ha sido destruído para dejar sitio á las nuevas construcciones de la Escuela de Bellas Artes. Allí vivía mi padre, médico modesto y gran coleccionador de curiosidades naturales. ¿Quién dice que los niños no tienen memoria? Veo todavía aquel aposento con su verde y rameado papel, y un bonito grabado en colores que representaba, como luego supe, Virginia cruzando en brazos de Pablo, el vado del río Negro. En aquel aposento me acontecieron aventuras extraordinarias.

Tenía, como ya he dicho, una camita con barandilla que durante el día estaba en un rincón y que mi madre colocaba todas las noches en el centro, sin duda para aproximarla á la suya, cuyas inmensas cortinas me llenaban de admiración y temor. Era un asunto complicado acostarme. Había que emplear súplicas, lágrimas, caricias. Y acababa escapándome á veces en camisa corriendo como un conejo. Mi madre me perseguía, y haciéndome salir de debajo de un mueble, donde me había escondido, me llevaba á la cama. Aquello era una diversión muy agradable.

Pero, apenas me habían acostado, cuando una serie de personajes extraños por completo á mi familia desfilaban en torno mío.

Tenían las narices semejantes á los picos de las cigüeñas, los bigotes erizados, el vientre en punta, y las piernas como patas de gallo. Se presentaban de perfil, con un ojo redondo en el centro de la mejilla, y desfilaban llevando escobas, cepillos, guitarras, jeringas y algunos instrumentos desconocidos. Siendo tan feos como eran, no hubieran debido mostrarse; pero debo hacerles una justicia: se deslizaban sin ruido á lo largo de la pared, y ninguno de ellos, ni siquiera el más pequeño y el último, que tenía un fuelle en el trasero, daba un paso hacia mi cama. Una fuerza los retenía visiblemente contra las paredes, á lo largo de las cuales se deslizaban sin el menor relieve. Aquello me tranquilizaba un poco; yo velaba. No se cierran los ojos, como comprenderán ustedes muy bien, con semejante compañía. Tenía los ojos abiertos, y sin embargo (esto es otro prodigio) de pronto me encontraba en el aposento bañado de sol y no viendo más que á mi madre con su peinador rosa, y sin saber de qué manera la noche y los monstruos habían desaparecido.

—¡Qué dormilón eres!—decía mi madre sonriendo.

En efecto, debía ser muy dormilón.

Ayer, paseando por las calles, vi en la tienda de un vendedor de grabados, uno de aquellos cuadernos de grotescos, en los cuales Lorrain Ca-

lloot ejercitó |su buril fino y duro, y que se han hecho tan raros desde mi infancia. Una vendedora de estampas, la señora Mignot, nuestra vecina, tapizaba todo un muro con ellos, y yo los miraba todos los días al ir y al volver de paseo, y cuando estaba acostado en mi camita con barandilla, los veía sin reconocerlos. ¡Ese bribón de Callot!

El cuaderno que ayer hojeé despertó en mí todo un mundo desvanecido y sentí alzarse en mi alma algo como un polvo embalsamado entre el cual pasaban, sombras queridas.

II

LA DAMA BLANCA

En aquel tiempo, dos señoras habitaban la misma casa que nosotros; dos señoras vestidas siempre, una toda de blanco y otra toda de negro.

No me pregunten ustedes si eran jóvenes: entonces no me detuve á pensarlo. Pero sé que olían bien y tenían toda clase de delicadezas. Mi madre, que estaba muy ocupada y á quien no gustaba el trato de vecindad, no iba nunca á su casa. Pero yo iba con frecuencia, sobre todo á la hora de merendar, porque la señora del traje negro me daba dulces; así, pues, yo solo hacía visitas. Era menester cruzar el patio. Mi madre me vigilaba desde su ventana y daba unos golpecitos en el cristal cuando me entretenía demasiado tiempo contemplando al cochero que limpiaba los caballos. Me costaba gran trabajo subir la escalera con barandilla de hierro, cuyos altos peldaños no habían sido hechos para mis piernecitas. Pero me sentía desquitado de mis penalidades al entrar en el cuarto de aquellas señoras, pues había allí mil cosas que me sumergían en un éxtasis. Pero nada igualaba á

Los dos muñecos de porcelana sentados sobre la chimenea, á uno y otro lado del reloj. Meneaban la cabeza y sacaban la lengua. Supe que provenían de China y me prometí ir allá. La dificultad era que tendría que llevarme mi criada. Tenía la certeza de que la China estaba detrás del Arco de Triunfo, pero nunca encontré medio de llegar tan lejos.

También había en el cuarto de aquellas señoras una alfombra con flores, sobre la cual me arrastraba deliciosamente, y un sofá blando y suave, que tan pronto me servía de caballo ó de coche, como de barco. La señora del traje negro, creo que era un poco gorda, muy amable, y no me regañaba nunca. La señora del traje blanco tenía impacencias y brusquedades ¡pero sonreía tan atractivamente! Nos llevábamos muy bien los tres, y yo había resuelto en mi imaginación que nunca iría nadie más que yo al cuarto de los muñecos. La señora del traje blanco, á quien comuniqué mi resolución, se burló algo de mí, si no me equivoco; pero yo insistí y me prometió todo lo que yo quisiera.

Ella me lo prometió. Sin embargo, un día encontré á un señor sentado en mi sofá, con los pies sobre mi alfombra y hablando á mis amigas muy satisfecho. Hasta las entregó una carta que ellas le devolvieron después de haberla leído.

Aquello me disgustó, y pedí agua con azúcar porque tenía sed, y también para que se fijaran en mí. En efecto, el señor me miró.

—Es un vecinito nuestro—dijo la señora del traje negro.

—Es hijo único, ¿verdad?—preguntó el señor.

—Es cierto—dijo la señora del traje blanco.

—Pero, ¿qué le ha impulsado á usted á creerlo así?

—Que me parece un niño mimado—repuso el señor—. En este momento abre unos ojos tan grandes como una puerta cochera.

Era para verle mejor. No quiero ponderarme; pero comprendí admirablemente, después de la conversación, que la señora del traje blanco tenía un marido que era alguna cosa en un país lejano, que aquel caballero llevó una carta de aquel marido y que le daban las gracias por su amabilidad. Todo aquello no me satisfizo, y al marcharme, para castigarla, no quise besar á la señora del traje blanco.

Aquel día, durante la comida, pregunté á mi padre qué era un *secrétaire*. Mi padre no me contestó, y mi madre me dijo que era un mueblecito en el que se guardan papeles. ¿Podía esto concebirse? Me acostaron, y los monstruos, con un ojo en el centro de la mejilla, desfilaron alrededor de mi cama haciendo más gestos que nunca.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1625 MONTERREY, MEXICO

Si creen ustedes que al día siguiente pensé en el señor que había encontrado en casa de la señora del traje blanco, se equivocan, pues le había olvidado por completo; y de él dependía que le hubiese borrado para siempre de mi memoria. Pero tuvo la audacia de presentarse de nuevo en casa de mis dos amigas. No sé si esto sucedió diez días ó diez años después de su primera visita. Hoy me inclino á creer que fué á los diez días. Aquella vez le examiné y no le encontré nada agradable. Tenía un pelo muy brillante, bigote negro, patillas negras, la barbilla afeitada y con un hoyuelo en el centro; era alto, delgado, iba bien vestido y parecía estar muy satisfecho.

Hablaba del despacho del ministro de Negocios Extranjeros donde estaba agregado desde hacía dos años, de modas, de libros nuevos, de reuniones y de bailes en los cuales en vano había buscado á aquellas señoras. ¡Y ellas le escuchaban! ¡Bonita conversación! ¡No podía hablar, como lo hacía conmigo la señora del traje negro, de los países donde las montañas son de caramelo y los ríos de limonada?

Cuando se hubo marchado, la señora del traje negro dijo que era un hombre encantador. Yo repliqué al punto que era viejo y feo. Lo cual hizo reír mucho á la señora del traje blanco. ¡Sin embargo, no era cosa de risa! Pero ella tenía la cos-

tumbre de reirse de todo lo que yo decía, ó no atenderme. La señora del traje blanco tenía estos dos defectos, sin contar un tercero que me desesperaba: el de llorar, llorar, llorar.

Mi madre me había dicho que las personas mayores no lloran nunca. ¡Ah!, sin duda no había visto, como yo, á la señora del traje blanco, recostada de lado en una butaca, con una carta abierta sobre las rodillas, la cabeza inclinada y cubriéndose los ojos con el pañuelo. Aquella carta (juraría hoy que era un anónimo) la entristecía mucho. ¡Era una lástima, pues sabía reirse tan bien! Aquellas dos visitas me sugirieron la idea de pedirla en matrimonio. Me dijo que tenía un marido en el Japón y que así tendría otro en el muelle de Malaquais: quedó convenido y me dió un dulce.

Pero el señor de las patillas negras volvía muy á menudo. Un día que la señora del traje blanco me contaba que me iba á mandar traer de China unos peces azules y una caña para pescarlos, él se hizo anunciar, y ella le recibió. Le miré y me miró con desconfianza. La señora del traje blanco le dijo que su tía (hablaba de la señora del traje negro) había ido á hacer unos encargos á los *Dos Muñecos*. Yo veía los dos muñecos sobre la chimenea y no concebía que fuera necesario salir para comprarles nada. ¡Pero todos los días

se presenta alguna cosa tan difícil de comprender! Al señor no pareció afligirle ni lo más mínimo la ausencia de la señora del traje negro y dijo á la señora del traje blanco que deseaba hablarla seriamente.

Ella se acomodó graciosamente en el sofá, pres-tándole atención. Pero él me miraba pareciendo estar inquieto.

—Es muy mono este niño—dijo al fin, pasán-dome la mano por la cabeza—, pero...

—Es mi maridito—dijo la señora del traje blanco.

—Bien—repuso el caballero—, ¿no podría usted enviarle á casa de su madre? Sólo usted debe oír lo que tengo que decirle.

Ella accedió.

—Monín—me dijo—, vete á jugar al comedor y no vuelvas aquí hasta que te llame. ¡Vete, hijito!

Me fui con el corazón oprimido. Y, sin embar-go, era muy curioso el comedor, pues había en él un cuadro con reloj, que representaba una mon-taña á la orilla del mar, con una iglesia, bajo un cielo muy azul. Y cuando daba las horas, un bar-co se agitaba en el agua, una locomotora con sus coches salía de un túnel y un globo subía por los aires. Pero cuando el alma está triste nada la sonríe. Además, el cuadro del reloj permanecía inmóvil. La locomotora, el barco y el globo sólo

se movían al dar las horas, y ¡es tan larga una hora! Al menos en aquel tiempo lo era.

Por fortuna, la cocinera que fué á buscar algo en el aparador, viéndome tan triste, me dió unos bombones que adormecieron mis angustias; pero cuando se me acabaron las golosinas volví á sentirme apenado. A pesar de que el cuadro de reloj no había sonado aún, me figuraba que horas y más horas se amontonaban sobre mi triste soledad. A veces, llegaba á mí, del cuarto inmediato, la voz del señor; suplicaba á la señora del traje blanco, luego parecía como si se enfadase con ella. Bien hecho. ¿Pero no pensarían acabar nunca? Me aplasté la punta de la nariz contra los cristales; quité pajas á las sillas; aumenté los agujeros del papel; arranqué las fran-jas á las cortinas; ¡qué se yo! El aburrimiento es una cosa terrible. Al fin, no pudiendo resistir más tiempo, me adelanté, sin hacer ruido, hasta la puerta que daba acceso al cuarto de los muñe-cos, y alcé el brazo para alcanzar el picaporte. Sabía muy bien que cometía una indiscreción, pero aquella idea me enorgullecía hasta cierto punto.

Abrí la puerta y vi á la señora del traje blanco en pie, contra la chimenea. El señor, arrodillado á sus pies, abría sus brazos para estrecharla. Es-taba más encarnado que la cresta de un gallo;

los ojos le saltaban de la cabeza. ¿Puede ponerse uno en un estado semejante?

—Basta, caballero—decía la señora del traje blanco, más sonrosada que de costumbre y muy agitada—. Basta, puesto que me dice que me quiere; basta... y no me obligue á lamentar...

Parecía temerle y como si la faltasen fuerzas para resistir.

El caballero se levantó al verme, y creo que por un momento tuvo la idea de tirarme por la ventana. Pero ella, en vez de reñirme como yo esperaba, me estrechó entre sus brazos llamándome su niño querido.

Habiéndome llevado al sofá, lloró mucho y muy dulcemente sobre mi mejilla. Estábamos solos. Para consolarla, la dije que el señor de las patillas era un hombre muy feo, y que no tendría penas si se hubiera quedado sola conmigo, como estaba convenido entre nosotros. ¡Me parecían, con frecuencia, muy raras las personas mayores!

Apenas nos habíamos tranquilizado, cuando entró la señora del traje negro con algunos paquetes.

Preguntó si había ido alguien.

—Ha venido el señor Arnould—respondió tranquilamente la señora del traje blanco—; y no ha estado más que un momento.

Eso me constaba que era una solemne menti-

ra; pero el ángel bueno de la señora del traje blanco, que sin duda estaba conmigo desde hacía algunos instantes, me puso su dedo invisible sobre la boca.

No volví á ver al señor Arnould, y mis amores con la señora del traje blanco no volvieron á ser turbados. Acaso desvaneci6 su recuerdo en mi memoria su misma placidez. Aún ayer, es decir, pasados ya treinta años, ignoraba qué había sido de ella.

Ayer fuí al baile del ministro de Negocios Extranjeros. Soy de la misma opinión de lord Palmerston, que aseguraba que la vida sería soportable sin las diversiones. Mi trabajo cotidiano no excede ni á mis fuerzas ni á mi inteligencia, y ha podido llegar á interesarme. Son las recepciones oficiales las que me abruman. Sabía muy bien que sería fastidioso é inútil ir al baile del ministro; lo sabía y fuí, porque la naturaleza humana tiene la condición de pensar acertadamente y de conducirse de una manera absurda.

Apenas hube entrado en el salón cuando anunciaron al embajador de *** y á su señora. Había encontrado varias veces al embajador cuyo fino rostro conserva las huellas de fatigas que no fueron todas debidas á los trabajos de la diplomacia. Tuvo, según dicen, una juventud borrascosa, respecto á la cual se cuentan en la corte de

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Edo. 1625 MONTERREY, MEXICO

nes de hombres varias anécdotas galantes. Su estancia en el Japón, hace treinta años, está enriquecida particularmente con aventuras que gustan de referirse á puerta cerrada tomando el café. Su mujer, á quien no tenía el gusto de conocer, me pareció que pasaba de los cincuenta. Iba completamente vestida de negro; magníficos encajes envolvían con elegancia su belleza marchita, de la que aún quedaban vestigios. Tuve mucho gusto en serla presentado, pues estimo infinitamente la conversación de las mujeres de edad. Hablamos de mil cosas, al son de los violines que hacían bailar á la gente joven, y llevó la conversación casualmente al tiempo en que vivía en un viejo hotel del muelle Malaquais.

—¿Era usted la señora del traje blanco?—exclamé.

—En efecto—me dijo—, siempre iba vestida de blanco.

—Y yo, señora, era su maridito.

—¡Qué! caballero, ¿es usted el hijo de aquel excelente doctor Nozière? Le gustaban á usted muchos los dulces. ¿Le gustan todavía? Vaya usted á casa á comerlos. Todos los sábados tenemos un te íntimo. ¡Pero qué casualidad! ¡Cómo volvemos á encontrarnos!

—¿Y la señora del traje negro?

—Ahora soy yo la señora del traje negro. Mi

pobre tía murió el año de la guerra. En sus últimos tiempos hablaba con frecuencia de usted.

Mientras que de este modo conversábamos, un señor con bigote y patillas blancas, saludó respetuosamente á la embajadora con todas las estudiadas elegancias de un viejo presumido. Me pareció reconocer su barbilla.

—El señor Arnould—me dijo ella—, un antiguo amigo.

III

TE DOY ESTA ROSA

Vivíamos en una habitación muy grande llena de objetos extraños. En las paredes había trofeos de armas salvajes, coronados con cráneos y cbelleras; varias piraguas con sus pagayas colgaban de los techos, al lado de aligadores disecados; las vitrinas contenían pájaros, nidos, ramas de coral y una infinidad de pequeños esqueletos que parecían dominados por el rencor y la malevolencia. Ignoraba yo entonces qué pacto había hecho mi padre con aquellas criaturas monstruosas; ahora lo sé; era el pacto del coleccionador. Él, tan sabio y tan desinteresado, soñaba con meter la naturaleza entera en una vitrina. Creyéndolo firmemente, afirmaba que lo hacía sólo en interés de la ciencia, pero le dominaba la manía de coleccionista.

Toda la habitación estaba llena de curiosidades naturales. Sólo el saloncito no fué invadido ni por la zoología, ni por la mineralogía, ni por la etnografía, ni por la teratología; allí, ni escamas de serpientes, ni carapachos de tortugas;

nada de huesos, nada de flechas de sílice, nada de tomahawks: solamente rosas. El papel del saloncito estaba sembrado de ellas. Eran capullos de rosas, pequeños, modestos, todos iguales y todos bonitos.

Mi madre, que tenía serios motivos de queja contra la zoología comparada y la mensura de los cráneos, se pasaba el día en el saloncito delante de su costurero. Yo jugaba á sus pies, sobre la alfombra, con un cordero que sólo tenía tres patas, después de haber tenido cuatro, por lo que era indigno de figurar con los conejos de dos cabezas, en la colección teratológica de mi padre; tenía también un polichinela que meneaba los brazos y olía á pintura; era necesario que en aquel tiempo tuviese yo mucha imaginación, pues aquel polichinela y aquel cordero me representaban los diversos personajes de mil dramas curiosos. Cuando les sucedía alguna cosa muy interesante al cordero ó al polichinela, se lo participaba yo á mi madre; pero hay que observar que las personas mayores no comprenden nunca muy bien lo que explican los niños. Mi madre era muy distraída. No me escuchaba con bastante atención. Era su defecto capital. Pero tenía una manera de mirarme con sus grandes ojos y de llamarme «monín», que lo conciliaba todo.

Un día estábamos en el saloncito, y dejando su

labor, me cogió en brazos; luego, enseñándome una de las flores del papel, me dijo:

—Te doy esta rosa.

Y para reconocerla la señaló, haciendo en ella una cruz con su punzón de bordar.

Ningún regalo me hizo nunca más feliz.

IV

LOS HIJOS DE EDUARDO

* —Parece un bandido mi niño con esos pelos tan alborotados. Péinele usted como «los hijos de Eduardo», señor Valence.

El señor Valence, á quien mi madre hablaba de este modo, era un antiguo peluquero, ágil y cojo, cuya simple vista me recordaba un olor repugnante de tenazas calientes, y á quien temía, tanto por sus manazas grasientas de pomada como porque al cortarme el pelo me lo dejaba caer entre la camisa y la piel. Por eso cuando me ponía un peinador blanco y me ataba una toalla alrededor del cuello, yo me resistía y él me decía:

—Supongo, amiguito mío, que no querrás tener una cabellera de salvaje como si salieses del naufragio de *La Medusa*.

Y contaba siempre, con su vibrante voz de meridional, el naufragio de *La Medusa*, del que sólo había escapado después de espantosas miserias. La balsa, las inútiles señales de socorro, las comidas de carne humana; lo refería todo con el hu-

mor alegre de una persona que ve las cosas por el lado bueno. ¡Era un hombre jovial el señor Valence!

Aquel día me colocó muy lentamente la cabeza á su gusto, y de una manera que juzgué muy extraña cuando pude mirarme en el espejo. Entonces me vi los cabellos echados por la frente, semejantes á un gorro, cortados rectos y cayéndome sobre las mejillas como las orejas de un sabueso.

Mi madre estaba encantada. Valence realmente me había peinado como «los hijos de Eduardo». Vestido como estaba con una blusa de terciopelo negro, sólo faltaba, decía mi madre, encerrarme en la torre con mi hermano mayor...

—¡Si se atreven!—exclamó alzándome en sus brazos con una resolución encantadora.

Y me condujo estrechamente abrazado hasta el coche. Pues íbamos á una visita.

Yo la pregunté quién era aquel hermano mayor que yo no conocía y dónde estaba aquella torre que me inspiraba tanto miedo.

Y mi madre, que tenía la divina paciencia y la sencillez alegre de las almas cuya sola ocupación en el mundo es amar, me contó con una charla infantil y poética, de qué manera los dos hijos del rey Eduardo, que eran hermosos y buenos, fueron separados de su madre y ahogados en un

calabozo de la torre de Londres, por su malvado tío Ricardo.

Y añadió, inspirándose probablemente en una pintura de moda entonces, que el perro de los niños ladró para advertirles que se acercaban los verdugos.

Terminó diciendo que aquella historia era muy antigua, pero tan bella y conmovedora, que no dejaban de hacerse cuadros referentes á ella y de representarla en los teatros, donde todos los espectadores lloraban, y que también ella había llorado como los demás.

Le dije á mamá, que era menester ser muy malo para hacerla llorar á ella y á todo el mundo.

Me respondió que, al contrario, hacía falta un alma grande y mucho talento para conseguir eso. Pero no comprendía entonces la voluptuosidad de las lágrimas.

El coche se detuvo en la isla de San Luis, delante de una casa antigua que yo no conocía, y subimos por una escalera de piedra, cuyos peldaños usados y rotos, me hicieron mal efecto.

En el primer recodo un perrito se puso á ladrar. «Es el perro de los hijos de Eduardo», pensé yo. Y un miedo súbito, invencible, loco, se apoderó de mí. Evidentemente, aquella escalera era

la de la torre, y con mis cabellos cortados en forma de gorro y mi blusa de terciopelo negro, yo era un hijo de Eduardo. Me iban á matar, sin duda, y me resistía. Cogido al vestido de mi madre, gritaba:

—¡Sácame de aquí! ¡sácame de aquí! No; yo no quiero subir la escalera de la torre.

—Tontuelo, cállate. Vamos, hijo mio, no tengas miedo... Este niño es demasiado nervioso... Pedro, Pedro, sé razonable.

Pero yo, colgado á su falda, rígido, crispado, nada oía; gritaba, aullaba, me ahogaba. Mis miradas llenas de horror, nadaban en las sombras animadas por el fecundo miedo.

Al oír mis gritos una puerta se abrió en el descansillo, apareciendo en ella un señor anciano en quien, á pesar de mi espanto, de su gorro griego, y de su batín, reconocí á mi amigo Robin, que una vez por semana me llevaba dulces secos metidos en el sombrero. Era Robin en persona; pero yo no podía concebir que estuviese en la torre, no ocurriéndoseme que la torre era una casa y que siendo la casa vieja, era muy natural que la habitase aquel señor viejo.

Extendió hacia nosotros los brazos con su tabaquera en la mano izquierda y un poco de tabaco entre el dedo pulgar y el índice de la mano derecha. ¡Era él!

—¡Entre usted, señora! mi mujer sigue mejor y se alegrará mucho de verla. Pero me parece que Pedro no está muy tranquilo. ¿Es nuestra perrita la que le asusta? ¡Aquí, Fifina!

Estaba ya sosegado y dije:

—Vive usted en una torre tan fea, señor Robin.

Al oír esto mi madre me pellizcó en un brazo con la intención, lo sé muy bien, de impedir que pidiera un dulce á mi amigo, que era precisamente lo que yo iba á hacer.

En el salón amarillo de los señores de Robin, Fifina me fué de gran utilidad. Jugué con ella; pero me quedó grabada en la imaginación la idea de que había sido ella la que ladró á los verdugos de los hijos del rey Eduardo, por lo cual compartí con ella el dulce que el señor Robin me dió. Pero no puede uno ocuparse mucho tiempo de lo mismo, sobre todo cuando se es muy niño. Mis pensamientos saltaron de una cosa á otra, como los pájaros de rama en rama; luego se fijaron de nuevo en los hijos de Eduardo. Habiendo formado respecto á ellos una opinión, tenía prisa de participarla y tiré al señor Robin de la manga.

—Señor Robin, ¿sabe usted que si mamá hubiese estado en la torre de Londres habría impedido al tío que ahogara á los hijos de Eduardo debajo de las almohadas?

Me parece que el señor Robin no comprendió toda la intensidad de mi pensamiento; pero cuando mamá y yo estuvimos solos en la escalera, me cogió en brazos, diciendo:

—¡Monstruo! ¡Deja que te bese!

V

EL RACIMO DE UVAS

Yo era feliz, muy feliz. Me representaba á mi padre, mi madre y mi niñera como unos gigantes muy buenos, testigos de los primeros días del mundo, inmutables, eternos, únicos en su clase. Tenía la certidumbre de que sabrían preservarme de todo mal, y cerca de ellos experimentaba una completa seguridad. La confianza que me inspiraba mi madre era infinita; cuando recuerdo aquella divina, aquella adorable confianza, quisiera poder acariciar tiernamente al niño que fui entonces; y los que saben cuán difícil es conservar en este mundo un sentimiento en toda su plenitud, comprenderán este impulso hacia tales recuerdos.

Yo era feliz. Mil cosas familiares y misteriosas á la vez ocupaban mi imaginación; mil cosas que no eran nada en sí, pero que formaban parte de mi vida. Era muy pequeñita mi vida, pero era una vida, es decir, el centro de las cosas, el eje de un mundo.

No sonrían ustedes por lo que acabo de decir ó sólo sonrían con afecto, y reflexionenlo: cual-